



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 25 (2019)

DE CARTAS ESPAÑOLAS A LOS EPISODIOS NACIONALES: LOS IMAGINARIOS DE LA NACIÓN¹

PRESENTACIÓN DE LA SECCIÓN MONOGRÁFICA

La lucha por el relato nacionalista parece empeñada en ocultar que la idea de nación es una construcción que se asienta en una comunidad en el curso de la historia. A partir de las primitivas clasificaciones de los caracteres nacionales realizadas en Europa en el siglo XVI, que difunden ampliamente imágenes estereotipadas en el XVII, es en la Ilustración cuando se acepta y se debate la idea de nación. Como todas las identidades nacionales, la española es el resultado de una construcción cultural compleja que no puede existir sin una lengua y una literatura que la alimente. La identidad nacional es una mezcla de historia, mitos, invenciones oficiales y ficciones colectivas, que viene del pasado pero que está en gestación. En este proceso la literatura, los mitos, los símbolos y las leyendas son claves para fortalecer el nacionalismo. Pero, más allá de la lengua o la literatura, el vestido, las modas, la música o la danza serán elementos igualmente determinantes a la hora de crear y mantener el sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional. Serán la literatura, la historia y las artes las que construyan, discutan y difundan los mitos, figuras y leyendas de los que se alimentarán los imaginarios nacionales. Este proceso cobrará un especial relieve en la era de las revoluciones, en la medida en que, además, este concepto de nación se utiliza como alternativa a las declinantes legitimidades del Antiguo Régimen.

A esto cabe añadir que el desarrollo en el XVIII de disciplinas como la historiografía o la historia de la literatura no harían sino favorecer el uso de la cultura en la construcción y difusión del relato nacional. Por su parte, el avance del Romanticismo, al reaccionar tanto contra la atemporalidad del canon ilustrado como contra la homogeneidad que la lógica imperial trataba de imponer en los diferentes territorios, acelerará este proceso de construcción nacional, que se verá reforzado con la valoración a un tiempo del individuo y de lo propio de cada país. Por tanto, puede decirse que, en su forma moderna, los nacio-

¹ Este monográfico es uno de los objetivos fijados en el desarrollo del Proyecto I+D del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Subprograma Estatal de Generación de Conocimiento «Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)» (LEyENMIESXIX), (ref. FFI2017-82177-P) financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y al Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

nalismos tienen su origen en el siglo XIX, al amparo del desarrollo del liberalismo político y del romanticismo cultural.

Por ese motivo, al plantear el proyecto de investigación «Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España», la idea era examinar de qué modo la literatura, el arte, la historia y la filosofía intervienen en esta negociación de las identidades colectivas, analizar cuáles son los mecanismos que utilizan para generar un sentimiento de pertenencia nacional, estudiar de qué manera se erigen en mediadoras de los imaginarios y de los relatos de los distintos poderes en conflicto y considerar cuáles son los rasgos resultantes de esa cultura nacionalizadora y nacional, que se construye por comparación con la de otras naciones, apelando al mismo tiempo a la igualdad, para dialogar con los otros al mismo nivel, y a la diferencia, para defender la propia singularidad. En definitiva, para poder interpretar la contribución de la literatura al proyecto nacionalizador, hay que situarla en el contexto de una negociación política sobre el pasado y los valores del presente, en el que la redacción de una biografía podía ser tan discutible como la construcción de un panteón o el encargo de un cuadro de historia. Por tanto, es necesario evaluar de qué manera la memoria y la imagen de España trató de imponerse a las memorias individuales y locales, en un continuo concurso de memorias, contenidas en discursos culturales y literarios con múltiples puntos de vista que dialogan y negocian a lo largo del periodo el relato legado a las generaciones posteriores. Se incide, pues, en el análisis de los procesos de lecturas, relecturas y reescrituras del pasado y de la tradición para construir un proyecto literario de nación. Al mismo tiempo, se trata de indagar sobre cómo la nueva forma de entender las identidades en el marco de la nación moderna necesita generar una literatura distinta, y sobre cómo esa identidad colectiva influye sobre la manera de escribir, sobre la elección y conformación de los géneros y, en fin, de evaluar cómo hace cambiar la literatura de su tiempo.

Si bien es cierto que la idea de España ya fue discutida por los ilustrados que pretendían modernizar la nación, y que esta propuesta suscitó una reacción y un encendido debate, cabe señalar que la Revolución Francesa propició el agostamiento de cualquier deseo de renovación, hasta que el nacimiento de la opinión pública, favorecido por la guerra de propaganda que se desató tras la invasión napoleónica, y su desarrollo, tras el decreto de libertad de imprenta promulgado por las Cortes, facilitaron de nuevo el planteamiento de la cuestión. La Guerra de la Independencia y el nuevo proceso político iniciado en los años de las Cortes de Cádiz se convirtieron en una oportunidad para iniciar un relato unificador. En el interior del territorio se fue configurando una imagen de España invocada como sujeto político en proclamas, manifiestos, discursos pero también en la literatura periódica y publicística que forman parte de la batalla de papel entablada en un doble frente, el del debate político interno entre reformistas y refractarios a cualquier cambio del régimen absolutista (en el que intervienen otros sujetos con posturas no tan dogmáticas) y el de la lucha contra el invasor. En este proceso de guerra de opinión se fueron creando las identidades nacionales en la península y en América y para ello se fueron construyendo tradiciones, mitos, símbolos, y leyendas en torno a héroes que superaran las identidades locales o regionales, que todavía se enarbolaban en la guerra de pluma.

Efectivamente, como se comprobó a lo largo del proyecto sobre «Historia de la literatura española entre 1808 y 1833», una gran parte de la escritura en esos años, desde el interior o desde el exilio, desde la victoria o la derrota, desde un bando o el opuesto, se dedicará a la compleja tarea de nacionalización, por medio de una reconstrucción selectiva de la historia antigua y reciente, de la creación de figuras simbólicas y heroicas, de la búsqueda de una identidad colectiva, que permitiera un anclaje en el tiempo. Pero, más

allá de la relectura del pasado, también se incidía en los nuevos mitos enarbolados en el presente: el mito del pueblo en armas contra el francés, de los sacrificios de la guerra, etc.

Asimismo, en el curso del proyecto que culminamos hace un par de años «La cultura literaria de los exilios españoles en la primera mitad del siglo XIX», pudimos analizar cómo contribuyeron los exilados al conocimiento de la lengua, la historia literaria, y el patrimonio españoles en Europa, seleccionando determinados hechos, creando determinados símbolos y proponiendo así una lectura y una imagen de la nación española, en consonancia con esa España soñada desde la nostalgia de un paraíso perdido o desde el rechazo de un infierno para el que era necesario proponer una España alternativa.

Por tanto, en continuidad con los proyectos anteriores, se trataba de seguir examinando la cultura decimonónica, pero ahora en un periodo marcado cronológicamente por dos hitos en los que lo español y lo nacional se revelan como profundamente significativos, 1831, fecha de la aparición de la revista *Cartas españolas* y 1879, año en que Galdós culmina la segunda serie de sus *Episodios Nacionales*. Efectivamente, 1831, año en que se inician los síntomas de los quebrantos de salud de Fernando VII, es la fecha elegida para la publicación de una revista dedicada a la reina, *Cartas españolas*, que desde el título de su cabecera trata de articular un discurso en torno a la nación, aunque, convertida al año siguiente en *Revista española*, siga el modelo de la *Revue Française*, lo que no era sino otra forma de continuar la práctica de periódicos españoles, como el *Correo literario mercantil*, de seguir muy de cerca los modelos de la publicística francesa. Puede decirse, por tanto, que tras la destitución de Calomarde, cierta apertura de la censura de imprenta y el paulatino regreso de los exiliados, permite el desarrollo de algunos proyectos periodísticos y literarios de mayor interés.

Por otra parte, en la elección de 1879, coincidían varias razones. En primer lugar, para entonces ya se ha desarrollado la expansión de las distintas revistas ilustradas, que se editan en prácticamente toda España; en segundo lugar, se inicia la transformación del hecho teatral en el marco de la representación del Teatro por horas, de modo que a partir de estas fechas existe una clara distinción entre la literatura de masas y la de la élite culta, de resultados de la renovación cultural que acompañará a la Revolución del 68; en tercer lugar, la novela comienza a apartarse de los caminos transitados por la novela popular, que se considera inductora de la degradación del género narrativo. En este contexto, cabe afirmar que la publicación de las dos primeras series de los *Episodios nacionales* de Galdós, marcan un antes y un después, tanto en el marco del conjunto de los episodios —la tercera serie llegará diez años después—, como en el resto de la producción narrativa del escritor canario, que a partir de entonces transitará más decididamente los caminos del realismo-naturalismo.

Si se tiene en cuenta que la estrecha conexión entre literatura y prensa periódica se hace aún más relevante en este periodo (1831-1879) podremos hacernos idea de la importancia que tiene estudiar el tema de la nación en la literatura publicada en la prensa periódica, como mediadora de la identidad colectiva. Conviene señalar que algunos géneros adquirirán notable relevancia en la construcción del relato que dará sentido a la identidad nacional, particularmente los narrativos como ya señalara Bhabha, y que buena parte de ellos, pero también los poéticos y ensayísticos, se publica primero en la prensa periódica, que en el caso español cobra importancia tanto dentro del territorio español como fuera de él. No obstante, aunque este sea un corpus fundamental, tampoco puede olvidarse que el teatro siguió teniendo extrema importancia en la vida cultural de un país donde el analfabetismo propiciaba la cultura oral y visual.

Pero la construcción de la identidad colectiva no solo es el resultado de la autoimagen, de cómo los españoles se ven a sí mismos, sino del concurso de diversas voces e imágenes

que también proceden de los distintos otros, del diálogo, a la manera bajtiniana como señala Andreu, de la réplica y contrarréplica de todos esos imaginarios. En este sentido, cabe recordar que, en el primer tercio del XIX, se va creando y proyectando fuera de sus fronteras una idea nueva de España, a partir de la imagen de una nación que lucha por la libertad y resiste con firmeza frente al invasor. Esta imagen inspiró a diferentes creadores europeos que revisitaron nuestro pasado histórico y legendario, desde Byron a Walter Scott, e incidiría luego en las artes y la literatura españolas. Para entender la articulación del nacionalismo español, es necesario, pues, tener en cuenta de qué modo se modifica la imagen de España en el exterior a través de los testimonios de los viajeros, que fascinados por el país contribuyeron a desatar una corriente hispanófila, que convertirá a España en tema de inspiración artística para escritores, músicos, pintores, y otros artistas plásticos. Un imaginario español que no siempre es aceptado en el propio territorio y que, las más de las veces, concita un rechazo y una propuesta diferente, en absoluto única sino variada y, a veces, contradictoria.

Con estos parámetros y este marco cronológico se convocó el Seminario Internacional «Imaginarios nacionales» (1831-1879), celebrado en la Universidad de Cádiz el 13 y 14 de diciembre de 2018, que está en el origen de algunos de los artículos que se publican ahora. Con la idea de ampliar los planteamientos y debates sostenidos en aquel encuentro, se convocó este monográfico, que mantiene como objeto el examen del modo en que la literatura contribuyó en el siglo XIX a forjar la idea de España y el estudio de la forma en que se van tejiendo los diferentes relatos, los mitos en torno a la nación, al tiempo que analiza algunas de las obras de esa literatura que se define a sí misma como nacional, donde se dan cita autores, temas, motivos, géneros literarios, perspectivas ideológicas, escritura en el exilio o en el interior —pero en diálogo con lo foráneo— y, en fin, modos muy diversos de imaginar la nación.

Los dos trabajos que abren el monográfico, aunque parciales en cuanto a la cronología inicial o la temática, trascienden en realidad estos límites. Así, el primero de ellos, enmarcado en la primera etapa del nacionalismo español, rebasa los hitos cronológicos que se había propuesto para abarcar un examen conceptual a partir del análisis de las relaciones que la idea de raza ha mantenido con la de nación. Por una parte, tanto la raza como la nación pueden funcionar como catalizadores de un sentimiento de pertenencia y por tanto de cohesión de una colectividad, pero también como factores de exclusión. Desde una perspectiva filológica y en un marco estrictamente peninsular, este artículo «intenta arrojar luz sobre la naturaleza y manifestación del constructo raza entre 1808 y 1843 así como de los vínculos que guarda con el concepto nación» (David Fernández). Para ello, después de analizar la evolución del uso y sentido de ambos conceptos, se examina la literatura publicada en un periodo marcado por una parte por la Guerra de Independencia contra el invasor francés y, por otra, por otra el fin de las regencias y la proclamación de la mayoría de edad de Isabel II. En este periodo convulso se forja el mito de la eterna raza española y el de la unidad nacional. La literatura será un espacio privilegiado donde la raza mira al pasado con nostalgia en busca de una unidad que se teje en torno a la religión o a virtudes como el valor, al tiempo que marca negativamente o excluye a los diferentes, mientras fabula en torno al anhelado concierto de la nación. Los ejemplos en los que se asienta el estudio alcanzan desde la obra lírica de los poetas del siglo XVIII, rescatada por Leopoldo Augusto de Cueto en 1875, a obras posteriores a 1843 como *La Reina sin nombre*, *Crónica visigótica del siglo VII* (1845) de Juan Eugenio Hartzenbusch, *Doña Urraca de Castilla* (1849) de Francisco Navarro Villoslada o en el drama *La ley de la raza* de (1852), del citado Hartzenbusch.

Esa mirada nostálgica al pasado también se aprecia en la literatura que acierta a ver en la moda una forma representación de la identidad nacional. Como ya habían hecho los escritores del XVIII, los autores del siglo XIX censuran la adopción de las modas extranjeras como una manía ridícula y una amenaza para la preservación del carácter español. Como el imaginario se constituye en un relato, será la novela el género donde mejor se represente la moda como el espacio simbólico de lo español, tal como se manifiesta en el caso paradigmático de *Pequeñeces* de Coloma. Por el mismo motivo, la literatura costumbrista que se pergeña en la prensa o en colecciones, emerge como un lugar privilegiado para esa representación panorámica de la identidad colectiva. En algunos narradores como Antonio Flores y Mesonero Romanos (Rocío Ruíz) esta caricatura se tiñe de nostalgia por el pasado, que se reinventa literariamente, mientras otros como Larra vinculan la nación al progreso y la libertad.

Ambos valores, libertad y progreso son precisamente rasgos que definen el imaginario español en la prensa publicada en el exilio. El trabajo «Allí está España» se propone averiguar de qué manera desde la literatura publicada en un periódico en Inglaterra, *El Instructor o Repertorio de historia, bellas letras y artes* (1834-1841) se ayudó «a conformar una identidad nacional específica a partir de ese imaginario construido entre sus páginas». Es decir, confirmar si —tal y como aludía Ochoa— «allí está España», y qué «nación» es la que dibuja *El Instructor*. A lo largo del artículo se descubre que tras la aparente neutralidad política asoma una relectura liberal de la historia de España al tiempo que se manifiesta la complejidad de ese imaginario nacional del magacín inglés. «Entre sus números, podemos también destacar una serie de artículos que presentan lugares y espacios emblemáticos que participan en ese panorama global del mundo hispano. Muchos de estos textos expositivos vienen acompañados de hermosas litografías, que ayudan a la descripción de estos espacios simbólicos y representativos de España» (David Loyola), de modo que lo literario y lo visual interactúan para fijar una imagen de la nación española y de lo español en un espacio privilegiado, el hispanoamericano. Al carácter interpretativo de este trabajo hay que sumar la valiosa aportación que supone el anexo en que su autor ofrece la relación de 366 artículos que constituyen el catálogo del imaginario nacional de esta publicación, clasificado en las siguientes categorías: Literatura Española (Autores, composiciones poéticas y análisis literarios), Textos biográficos, Textos históricos, Espacios y lugares simbólicos y Textos misceláneos.

La vivencia del exilio marcaría sin duda la trayectoria vital y literaria del zamorano Juan Nicasio Gallego (1831-1853), sacerdote, escritor y político que, después de estudiar Leyes en la Universidad de Salamanca, logró adentrarse «en los círculos culturales y literarios de la Corte desde los primeros años de su vida, algo que a la larga le granjearía grandes amistades que velaron por su vida cuando el poder le dio la espalda» (Eduardo Fernández). Las circunstancias políticas de aquella España invadida por el ejército napoleónico lo llevarían, como a muchos de sus coetáneos, primero a Sevilla y luego a Cádiz, donde se convertiría en uno de los muchos diputados eclesiásticos, sin que su condición de religioso lo hiciera abrazar, como lo haría la mayoría, las filas del absolutismo. Por su implicación en las Cortes gaditanas, Gallego sufriría persecución y cárcel tras el regreso de Fernando VII, hasta que la revolución de 1820 le devolvió la libertad. El nuevo dominio del absolutismo lo obligaría a poner rumbo al país vecino y no lograría volver a España hasta 1828 y dos años después lograría ser aceptado en la corte, donde alcanzaría su mayor reconocimiento, aunque ya su fama lo había convertido en modelo de inspiración para el cubano Domingo del Monte, que editaría en 1829 en Filadelfia, en la Imprenta del Mensajero Semanal, un tomo de *Versos* del zamorano. La prolongada estancia de Gallego en Madrid y sus buenas relaciones lo convertirían pronto en figura

ineludible del paisaje cortesano, aunque también en objeto de la inquina de Calomarde, que lo persiguió mediante todo tipo de informes falsos y calumnias. En este contexto de admiración y odio se convierte en uno de los escritores célebres de la galería de españoles ilustres, especialmente desde que alcanzara el puesto de Secretario de la Real Academia Española en 1839. Así lo reconocen Ventura de la Vega en una semblanza publicada en 1842 o, dos décadas después, en 1879, *Los apóstólicos* de Galdós.

Esa respetabilidad que se erige como valor en el liberalismo español es la que determina el progresivo arrinconamiento de la literatura satírica, privilegiada por la cultura política del primer republicanismo español, cultivada entre otros por el escritor y político vallisoletano Juan Martínez Villergas entre 1840 y 1854. Desde un compromiso con la cultura política progresista, Villergas utilizará la sátira no solo para arremeter contra el poder establecido en la esfera más estrictamente política, sino también en la literaria. Su látigo burlesco fustigará tanto a neoclásicos trasnochados como a los románticos que dejaron de lado su objetivo de renovar la sociedad. La escritura debía ser militante, implicarse con la educación del público y ayudarlo a concienciarse de la necesidad de su progreso moral. Por ello, en el trabajo sobre la imbricación entre sátira, literatura y política en la obra de Martínez Villergas, se analiza la derrota de esta forma de entender la literatura, a través del ejercicio de la sátira, porque son ese progresivo «silencio y esa marginación los que deben explicarse y los que denotan la enorme relevancia que tuvieron dichos géneros literarios en la vida política de la España isabelina» (Xavier Andreu).

Republicanismo y sátira son también dos de los rasgos que identifican a una cabecera señera, el *Gil Blas* (Madrid, 1864-1872), cuyos contenidos literarios y periodísticos se abordan en un momento clave de la historia de España, el estallido de la revolución de 1868 y los primeros meses del Sexenio Democrático, en los que el modelo de la nación se debate a partir de distintas imágenes planteadas desde diferentes posicionamientos políticos, unas que venían gestándose desde la primera mitad del siglo, y otras que surgen o se redelinean al calor de un crispada guerra de ideas y de formas de entender el mundo. En este contexto, resulta inevitable el auge de lo cultural y con ello de lo literario y lo periodístico, entre otras cuestiones, por su capacidad de fabular y, por tanto, de construir el relato nacional, de modo que el discurso periodístico se convierte en un espacio de negociación, pero también de mediación excepcional para difundir las diferentes propuestas nacionales. Los periodistas del *Gil Blas*, políticamente implicados, sabrán aprovechar las armas que les ofrece la sátira para hacer llegar su proyecto republicano. «La sátira y la censura de la monarquía y el cuerpo clerical, como los dos grandes enemigos señalados por la cabecera en estos meses, recrean una idea de nación soberana en el marco de una república que se concilia y se dota de consistencia desde el hilo de su memoria colectiva para proyectarse desde el presente a su futuro cercano. No obstante, acaban de darse los primeros pasos desde la victoria de la revolución y, como puede deducirse, el debate sobre la “cuestión religiosa” y el papel de la Iglesia en la que será la nueva Constitución española de 1869 y el de la monarquía a lo largo de todo el Sexenio, por citar un par de los muchos y relevantes procesos y acontecimientos políticos que se decidirán y tendrán lugar posteriormente, ocuparán numerosas páginas de esta cabecera en la que la idea de nación se problematizará inevitablemente» (María Román). Por este motivo, el seguimiento de estas cuestiones en los meses y años venideros hasta su cese en 1872 constituye una promesa de esta investigadora a la que habrá que estar atentos.

De otro satírico, si bien bastante más moderado en sus aspiraciones ideológicas, se ocupa el artículo «La construcción del discurso nacional español en la obra literaria de Modesto Lafuente». En él se aborda tanto la vertiente ridiculizadora del afamado autor del *Fray Gerundio* (1837-1842), como el modo en que en *El Teatro social del siglo XIX*

(1846) y en los *Viajes de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (1842), se establecen las pautas del imaginario nacional que desarrollará por extenso en su *Historia General de España*. Esta obra es la manifestación de cómo su autor considera la Historia como «la ciencia responsable de definir la nación, de aportar argumentos que expliquen a los ciudadanos quiénes son, de dónde vienen y a dónde se dirigen» (Mónica Fuertes), y por ello Modesto Lafuente se convierte «en el gran artífice de la creación del mito fundacional de la nación española en el siglo XIX». Pero lo que interesa en este caso no es el proceso último, sino analizar previamente su faceta de «creador de fábulas que distorsiona el pasado dando a las cosas una apariencia más valiosa de lo que en realidad son, e incluso haciéndolas pasar por verdad», mediante la construcción de pequeñas historias en las que define el modo de ser español, que se vincula a la práctica política del liberalismo moderado. La sátira se convierte así en el ejercicio de la denuncia de la mediocridad social y política de la realidad que se ha instalado en la vida nacional. Frente a esta, Modesto Lafuente construye una autoimagen común alternativa y para ello se encarga de alzar un pasado histórico de sacrificio y valor heroicos, que a un tiempo muestre a sus conciudadanos el camino por el que transitar con éxito en busca de un futuro más halagüeño y contribuya a desmontar los tópicos del imaginario europeo sobre España. En el ejercicio de esta sátira costumbrista «se descubre al político que denunció el presente y re-creó la historia de la nación recuperando mitos del pasado con los que justificar la legitimidad política del presente y la cohesión de la identidad nacional».

Sin duda, este modo de fabulación mítica del pasado español coincide en buena medida con la práctica literaria que desarrolló Cecilia Böhl de Faber, *Fernán Caballero*, saludada por sus coetáneos como la Walter Scott española, agente de la renovación de la literatura y de la creación de la novela moderna. El asunto por el que se la incluye en este monográfico no es, sin embargo, su narrativa, ni siquiera en forma de cuentos ni de artículos de costumbres sino un artículo de opinión publicado en 1865 en la revista *El Ángel del Hogar*, dirigida a un público femenino. El artículo aborda la defensa de los animales, una temática de absoluta modernidad y vigencia actual, en la que la escritora abogaba por una causa que entre los españoles era absolutamente ajena y que ella pretendía nacionalizar (Julie Botteron). Como buena parte de las escritoras de su época, *Fernán Caballero* recurre a la caridad, a la sensibilidad maternal y hogareña, para intervenir en la *res publica*. Mediante un múltiple juego intertextual, la autora introduce la historia de la perra Dulcinea, última descendiente de Cipión y Berganza, los protagonistas de *El coloquio de los perros* de Cervantes, cuyo esposo la abandona por la perra Traviata. Esta historia, relatada por Latour en una carta a la autora, que lo presenta como reencarnación del genio español, le permite por una parte denunciar el abandono de los perros como un rasgo salvaje del comportamiento nacional español que debe ser desterrado, y denostar la moderna novela francesa, amenaza para el modo de vida católico que ella considera genuinamente español, que ha sido la causa según el animal de que lo haya abandonado su consorte. «Recreando la carta amistosa de Antoine de Latour y mediante el diálogo con Cervantes, icono literario de la nación, *Fernán Caballero* construye un argumento a favor de la compasión hacia los animales, mezclando melodrama, humor y sátira para captar la atención de sus lectoras y unir las a su causa», al tiempo que las previene de la literatura europea de moda, que representa un peligro para los valores de catolicismo que la autora relaciona directamente con el carácter de la nación española.

Este mismo planteamiento ideológico del carácter español ligado al catolicismo subyace en la literatura de Pedro Antonio de Alarcón y muy especialmente en su visión de un episodio fundamental de la historia de España, la Guerra de la Independencia, que se contempla tanto desde la experiencia familiar negativa, transmitida a través de las

penalizaciones sufridas por el abuelo paterno, como desde la memoria colectiva antifrancesa, reavivada tras la victoria de una dinastía, la de los Borbones, empeñada en modernizar costumbres supuestamente inmemoriales. Esa doble vivencia explica que la imagen de la nación se asocie a un patriotismo «incardinado o enraizado en unos valores éticos ancestrales que hermana lo español con la religión, con el heroísmo, con la tradición, con la familia. Poetiza esta realidad. Frente a estos valores, el francés simboliza el egoísmo, la cobardía» (Enrique Rubio). Por otra parte, el artículo, además de examinar el episodio histórico desde la óptica alarconiana ofrece un panorama de la vivencia de dicho conflicto bélico tal como lo construye la literatura francesa, para ofrecer la perspectiva desde el lado contrario.

Sobre el mismo acontecimiento histórico, versa también el último trabajo de este monográfico. El imaginario que resulta de él es, como prácticamente toda la narrativa lo de Galdós, complejo. Por una parte se recurre al mito de uno de los líderes más importantes de la guerrilla, Juan Martín el Empecinado, que es quien da nombre al episodio galdosiano y que representa a un tiempo la lucha del pueblo por preservar «su identidad nacional, pero a la vez simboliza el carácter combativo innato del español, dispuesto a coger las armas en cuanto se oye el grito de *echarse a la calle*, no solo para defender a la patria frente a la intrusión extranjera, sino también para dirimir entre ellos mismos cualquier cuestión conflictiva de índole política o social, tal como ha puesto de manifiesto la violenta y convulsa historia de España del siglo XIX. De ahí que el escritor canario no dude en enaltecer en este episodio a *El Empecinado* como ejemplo de valores morales y patrióticos, pero también desenmascara a esos falsos patriotas que bajo la máscara de guerrilleros esconden su naturaleza violenta y los más viles intereses personales» (María de los Ángeles Ayala). Así resulta curioso comprobar que, en cierta medida, con esta reflexión «sobre lo que el fenómeno de la guerrilla trajo consigo en cuanto a la inestabilidad política que nutre los individualismos, localismos y falta de cohesión de la sociedad española del XIX», Galdós imagina una España alternativa de paz y civilización que podría darse la mano, en el plano secular, con la de Larra, pero que también tiene su correspondencia, ahora ya en el marco de un compromiso católico, con la de *Fernán Caballero*, empeñada en sacar a España de su asilvestramiento contumaz.

Marieta CANTOS CASENAVE